

XIX.

Hortensia Le Quesnoy.

Por uno de esos golpes teatrales, tan frecuentes en la comedia parlamentaria, aquella sesión del 8 de Enero, en que parecía deber eclipsarse la fortuna de Roumestan, le valió un triunfo completo.

Cuando subió á la tribuna para contestar á la acusación de Ritter sobre la administración de la Ópera, el lodazal del palacio de las Bellas Artes y la nulidad de las reformas, tan cacareadas por los asalariados del ministerio Sacrista, Numa acababa de saber que su mujer había partido, renunciando al proceso, y esta buena noticia, conocida únicamente de él, dió á su discurso brillante seguridad. Mostróse altivo, familiar y solemne; hizo alusión á las calumnias propaladas, al escándalo que se esperaba.

«¡No habrá escándalo, señores !.....»

Y el tono con que dijo estas palabras desconcertó completamente en las tribunas, engalanadas, á todas aquellas lindas curiosas, que, ávidas de fuertes emociones, habían concurrido allí para devorar al vencedor.

La interpelación de Ritter había sido pulverizada; el Mediodía sedujo al Norte; la Galia había sido nuevamente conquistada, y cuando Roumestan descendió de la tribuna, fatigado, sudando, sin voz, tuvo el orgullo de verse entu-

siastamente aclamado, vitoreado por su partido, que pocos momentos ántes se mostraba tan frío, casi hostil, y por sus compañeros de gabinete, que le acusaban de comprometerles.

En la embriaguez del éxito, Roumestan veía como supremo triunfo el desistimiento de su mujer. Sentíase aligerado, ágil, expansivo; tanto, que, al volver á París, tuvo la idea de pasar por la calle de Londres. ¡ Oh! solamente como amigo, para tranquilizar á aquella pobre niña, tan inquieta como él por las consecuencias de la interpelación, y que soportaba su mutuo destierro con tanto valor, enviándole sus ingenuas cartas, enjutas con polvos de arroz, en que le contaba su vida día por día, exhortándole á tener paciencia y ser prudente.

—No, no....., no vengas, pobre querido.....—le decía.—Escríbeme; piensa en mí..... Yo seré constante.

Casualmente no se representaba ópera aquella noche, y durante la corta travesía desde la estación á la calle de Londres, Numa, que tocaba en su bolsillo la llavecita que más de una vez le había tentado, se decía:

«¡Qué feliz va á ser!»

Abierta la puerta, y vuelta á cerrar sin hacer el menor ruido, Numa se encontró de pronto en la oscuridad; no se había encendido el gas. Esta negligencia daba á la casita un aspecto de luto, de viudedad, que le lisonjeó. Amortiguando el tapiz de la escalera su ligero paso, llegó sin ser anunciado por nadie al salón, tapizado con alfombra japonesa de colores, deliciosamente imitados por el oro ficticio de los cabellos de la jóven.

—¿Quién está ahí?—preguntó desde el diván una linda voz alterada.

—¡Yo, pardiez !.....

Oyóse un grito, un brinco, y dejándose ver el relámpago blanco de una falda que se desdoblaba, la cantante se puso

de pié, asustada, miéntras el bello Lappaza, inmóvil, hundido y hasta sin ánimos para reparar su desden, fijaba la vista en las flores de la alfombra para no mirar á su jefe.

Nada se podía negar; el divan áun tenia las señales; estaba hundido.

—¡Canallas!— exclamó Roumestan, ahogado por uno de esos furores en que ruge el hombre cual si fuese una fiera, con deseos de desgarrar, de morder, mejor que de pegar.

Numa se encontró fuera de allí sin saberlo, arrastrado por miedo á su propia violencia. En el mismo sitio, á la misma hora, algunos dias ántes, su mujer habia recibido, como él, aquel golpe de la traicion; aquella herida injuriosa y baja, más cruel, más innecesaria que la suya. Pero él no pensó en ello un instante; sólo se daba cuenta de la injuria personal.

No; jamas se vió villanía igual en todo lo que alumbra el sol. ¡Aquel Lappaza á quien queria como á un hijo; aquella bribona, por la que él habia comprometido hasta su fortuna política!

—¡Canallas!..... ¡Canallas!.....— repetia muy alto en la desierta calle bajo una penetrante llovizna, que le calmó mejor que los más bellos razonamientos.

—¡Conque he sido engañado!..... Pero..... estoy mojado..... dijo, y se dirigió á la parada de carruajes de la calle de Amsterdam, y en la aglomeracion que causan en aquel barrio las frecuentes llegadas de la Estacion, tropezó con la pechera rígidamente almidonada del general Marqués de Espaillon.

—Bravo, mi querido colega..... Yo no estaba en la sesion; pero me han dicho que habiais cargado como un b..... á fondo y contra todos.

Bajo su paraguas, que conservaba derecho, el viejo tenia un diabólico ojo vivamente encendido, y la perilla retorcida hácia adelante en forma de gancho, lo cual le daba una apariencia de sátiro.

—N..... d..... D.....—añadió inclinándose al oido de Numa con un tono de confianza excesiva;—podeis lisonjearos de conocer á las mujeres.

Y como Numa le mirase creyendo que aquello era una ironía:

—¡Oh! sí, bien sabeis nuestra discusion sobre el amor, añadió el General; vos teniais razon..... No hay como los chulos para agradar á las bellas..... Yo tengo una en este momento..... la reina de las mozelas..... F..... n..... de D..... Ann no tenia yo veinticinco años, cuando al salir de la escuela.....

Roumestan, que le escuchaba con la mano en la portezuela de su fiacre, creyó de su deber sonreír á las palabras del apasionado viejo; pero sólo logró hacer una mueca. Sus teorías sobre la mujeres estaban tan singularmente trastornadas..... ¡La gloria!..... ¡el genio!..... fruslería, no es eso lo que concede el derecho absoluto sobre las mujeres. Él se sentia contrariado, disgustado, con ganas de llorar, y despues dormir para no pensar más, y sobre todo, para no ver más la brutal sonrisa de aquella bribona, siempre recta ante él, cínicamente escotada, con las carnes eréctiles y estremecidas por el placer interrumpido.

Pero en la agitacion de nuestros dias las horas se pasan y se atropellan como las olas. En lugar del reposo que Numa creia encontrar á su regreso, le esperaba en el Ministerio un nuevo golpe.

Mejean, con mano trémula, le entregó un telegrama que habia abierto en la ausencia de aquel. El telegrama decia:

«Hortensia se muere y quiere verte. Ven pronto.

VIUDA PORTAL.»

Todo el horrible egoismo de Roumestan se manifestó en la frase angustiada: «Voy á perder una verdadera amiga.....»

Después pensó en su mujer, presente á aquella agonía, y que dejaba firmar el telégrama á su tía Portal. Su rencor no se doblegaba, ni probablemente se doblegaría jamás. Y sin embargo, si ella hubiera querido, él habría comenzado de nuevo la existencia al lado de ella, olvidando imprudentes locuras; existencia familiar, honrada, casi austera; y no pensando más en el mal que él había hecho, le reprochaba su dureza como una injusticia.

Roumestan pasó la noche corrigiendo las pruebas de su discurso, interrumpiéndose de vez en cuando, para escribir borradores de cartas furiosas ó irónicas, represivas é insultantes á la malvada Alicia Bachellery.

Mejean velaba también en la Secretaría, transido de pena, buscando el olvido en un trabajo excesivo. Y Numa, incitado por aquella vecindad, experimentaba un verdadero suplicio por no poder confiarle su decepción. Pero hubiera sido necesario confesar que él había vuelto á aquella casa, y lo ridículo de su papel.

No lo hizo, y al otro día por la mañana cuando le acompañaba á la estación, le dejó, entre otros encargos, el de despedir á Lappaza.

—¡Oh, lo merece bien..... Le he cogido en flagrante delito de negra ingratitud!..... Cuando pienso en que he sido tan bueno para con él, que hasta le hubiera querido hacer.....— Y se detuvo aquí, porque no era prudente decir al enamorado que él había prometido dos veces la mano de Hortensia.

Sin dar, pues, más explicaciones, dijo que no quería volver á encontrar en el Ministerio á una persona tan desdichadamente inmoral. Por lo demás, la duplicidad del mundo le daba asco. ¡Ingratitud, egoísmo!..... Era cosa de abandonar lo todo: honores, sueldo, consideración..... abandonar á París, para irse á vivir sobre una roca desierta en plena mar.

—Habeis dormido mal, mi querido jefe.....—dijo Majean con aquel ademán bondadoso que le distinguía.

—No, no..... Es como lo digo..... París me produce náuseas.....

De pié sobre el muelle, Numa dirigió una mirada despreciativa sobre la gran ciudad, en donde la provincia vierte todas sus ambiciones, su codicia, su hervor malsano, y á quien ella acusa después de perversidad y de infección. De pronto, interrumpiéndose con una amarga sonrisa, dijo:

—Creed que se encarniza conmigo.

En una esquina de la calle de Lyon, sobre una pared sucia, llena de tragaluces, y á la altura de un segundo piso, velase aún manchado con horribles chorreones azules, amarillos y verdes, causados por la humedad del invierno y las inundicias de una casa de pobres, la figura de un miserable trovador pretencioso y vencedor.

Los carteles se suceden rápidamente en el reclamo parisiense cubriendo los unos á los otros. Pero cuando tienen dimensiones descomunales, siempre queda descubierto algún extremo de ellos, y desde hacía quince días se encontraba por todos los ángulos de París, en frente de un brazo, de una pierna, una parte de la gorra ó de un zapato á la *poulaine*, que le perseguían, le amenazaban, como en aquella leyenda provenzal, en donde la víctima descuartizada perseguía al asesino con sus miembros despedazados.

Aquí la víctima se enderezaba entera, y el siniestro colorido visto á retazos por la mañana, condenado á sufrir sin moverse del cartel todas las manchas ántes de destruirse, resumía completamente el destino del desdichado trovador, rodando siempre en los arrecifes de aquel París que ya no podía abandonar, dirigiendo siempre la farandola compuesta de marineros expulsados de la matrícula y de locos; de aquellos

UNIVERSITÄT DE BAYONA LEZIN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"AL PASADU MEYES"
3000 MONTPELIER, MEY

hambrientos de gloria á quienes aguardan el hospital, la fosa comun ó la losa de diseccion.

Roumestan subió al tren, penetrado hasta los huesos por aquella aparicion y el frio de la noche pasada en vela, tiritando al ver por las ventanas las tristes perspectivas del arrabal; aquellos puentes de hierro á traves de las calles mandando humedades; aquellas elevadas casas, cuarteles de la miseria, de innumerables ventanas adornadas con andrajos; aquellos rostros de la mañana, pálidos, tristes, sórdidos; aquellas espaldas doblegadas; aquellos brazos estrechándose sobre los pechos para taparse ó para calentarse; aquellas posadas de todas clases y aquel bosque de chimeneas de fábricas, vomitando el humo que arrebata el viento. Luégo, los primeros verjeles del suburbio, negros por el mantillo, la argamasa de las casuchas bajas, las fincas cerradas en medio de sus huertecillos muertos por el invierno, de arbustos secos como el bosque desprovisto de kioscos y de encañados; más léjos caminos llenos de pantanos, por donde pasaban las carretas salpicando el lodo de los baches inmundos; un horizonte de color de herrumbre, y el vuelo de los cuervos por los desiertos campos.

Numa cerró los ojos ante aquel aflictivo invierno del Norte, que el silbido de la locomotora inundaba con sus llamadas angustiosas. Pero bajo aquellos párpados cerrados, no fueron más risueños sus pensamientos.

Roto completamente el lazo que tan de cerca le unia á aquella bribona, aún le oprimia el corazon, pensando en lo que habia hecho por ella, en lo que le costaba el sostenimiento de una estrella desde hacia seis meses. Todo es falso en esta vida de teatro, sobre todo el éxito, que no vale más que aquello porque se compra. Gastos de *claque*, billetes al censor, comidas, recepciones, regalos á los revisteros, la publicidad bajo todas sus formas, aquellos magnificos ramos ante

los cuales la artista se sonroja, se conmueve, cargando con ellos sus brazos, ocultándolos dentro de su pecho, en el satinado bolsillo de su traje; las ovaciones, las marchas triunfales hasta el hotel, las serenatas oidas desde el balcón, aquellas continuas excitaciones á la taciturna indiferencia del público..... ¡Todo eso se paga, y se paga muy caro!

Durante seis meses, Roumestan habia tenido caja abierta sin regatear jamas sus triunfos á la jóven.

Él asistia á las conferencias con el jefe de la *claque*, los gaceteros, las vendedoras de flores, á quienes la cantante y su madre compraban tres veces los ramos sin decirselo, renovando las cintas, porque habia en casa de esas judías bordalesas una grasienta rapacidad, un amor al oficio, que las hacia permanecer en casa dias enteros cubiertas de andrajos, con camisas sucias encima de sus trajes de volantes, con los piés calzados por viejos zapatos de baile.

Numa las encontraba así muy frecuentemente, en actitud de jugar á las cartas y de injuriarse como en una galera de saltimbanquis.

Desde hacia mucho tiempo, no tomaban ya precauciones contra él. Conocia todas las arterias, todas las muecas de la diva; su groseria nativa de mujer del Mediodia afectada y desaseada, que tenia diez años más que su edad de bastidores, y que, para fijar su eterna sonrisa amorosa, dormia todas las noches con los labios levantados por los extremos, provistos de coralina.

Al fin Numa se durmió, pero no con la boca abierta, yo os lo juro; por el contrario, con las facciones contraidas de disgusto, de fatiga, con las sacudidas y los choques producidos por los botes de un tren marchando á toda velocidad.

—¡*Valeince!*..... ¡*Valeince!*.....—gritaron los empleados.

Numa entónces abrió los ojos, como un niño á quien llama su madre, cuyo acento le es conocido. Ya comenzaba el me-

diodia; el cielo se llenaba de abismos azules entre las nubes que impulsaba el viento. Un rayo de sol caldeaba los cristales, y los áridos olivos blanqueaban por entre los pinos. Efectuóse entónces un cambio apacible en todo el sér del meridional, un cambio de polo en sus ideas. Sentia ya haber estado tan duro para con Lappaza. Destruir así el porvenir de aquel pobre jóven, desconsolar á toda una familia..... y ¡por qué? Por una tontería, como decia Bompard. Sólo habia un medio de reparar aquel mal, de quitar á aquella salida del Ministerio su apariencia de desgracia, á saber: la concesion de una cruz.

Y el Ministro se echó á rair á la idea del nombre de Lappaza, *oficial*, con la mención de *servicios excepcionales*. En verdad que, despues de todo, tenia uno: el de haber libertado á su jefe de aquel lazo degradante.

—¡Orange!..... ¡Montelimart y sus nogales!.....—Las voces vibraban subrayadas con expresiva gesticulacion; los mozos de las fondas, los vendedores de periódicos y guarda-barreras, se precipitaban con los ojos fuera de sus órbitas. Aquel era un pueblo bien distinto del de treinta leguas más arriba, y el Ródano, el ancho Ródano, tempestuoso como el mar, reluciente con el sol, doraba las murallas almenadas de Avignon, cuyas campanas, en movimiento desde Rabelais, saludaban con sus sonoros repiques al grande hombre de la Provenza.

Numa se sentaba á la mesa ante un panecillo blanco, una tostada, una botella de aquel vino de la Nerte, madurado entre las piedras, capaz de achispar á cualquier parisiense. Pero donde el aire natal le regocijaba más fué cuando, habiendo dejado la gran línea de Tarascon, tomó asiento en el pequeño ferro-carril patriarcal de una sola vía, que penetra en plena Provenza, entre las ramas de las moreras, y de los olivos, y los penachós de las cañas silvestres, que rozaban las portezuelas.

Cantábase en todos los wagoes; deteníase el tren á cada momento para dejar pasar un rebaño, para que embarcase un retrasado, ó para tomar un paquete que traia corriendo un muchacho del *mas*. Y al paso se cambiaban los saludos y las conversaciones entre los viajeros del tren y las labriegas con cofias de Arles, que estaban en sus puertas ó lavando sobre la piedra inmediata al pozo. En las estaciones abundaban la gritería, los empujones, porque allí concurre toda una poblacion para conducir á un quinto ó á una jóven que va á la ciudad para servir.

—¡Ea! véte, muchacha, y procura por lo ménos ser honrada—le decian, sin añadir el adios.

Se lloraba, se daban abrazos sin cuidarse del ermitaño mendicante que murmuraba su *Pater noster* apoyado en la barrera, y que, furioso de no recibir cosa alguna, se retiraba con su alforja al hombro.

—¡Otro *Pater noster!* le gritaban los viajeros al verle marchar. Todos se reian ante las ocurrencias de los viajeros, y el ermitaño seguia su camino más furioso.

Embutido en su cupé, para eludir las ovaciones, se deleitaba Roumestan con todo aquel buen humor, á la vista de aquellos rostros morenos, alumbrados por la pasion y por la ironía; aquellos zagalones con humos señoriales; aquellos pisaverdes frotados de ámbar, como los granos entrelargos de la uva moscatel, que, al envejecer, negros y marchitos por el sol, sacuden polvo de tumbas á cada uno de sus estúpidos gestos.

El tren seguia adelante. Numa encontraba allí su pueblo, su Provenza móvil y nerviosa; raza de grillos pardos, siempre á la puerta de sus casas y siempre cantando. El mismo era el prototipo, curado ya de su gran desesperacion de la mañana, de sus disgustos, de su amor, barridos con la primera ráfaga del mistral, que zumbaba con fuerza en el valle

del Ródano, combatiendo al tren, impidiéndole marchar, y que hacía zozobrar á los árboles encorvándolos, como en ademán de huir.

A lo léjos, la ciudad de Aps, bajo un rayo de luz azotado por el viento, agrupa sus monumentos al pié de la antigua torre de los Antoninos, como una manada de bueyes se apiña en plena Camarga alrededor del toro más viejo, para hacer frente al vendaval. Y al són de aquella grandiosa sinfonia del mistral hizo Numa su entrada en la estacion.

Por un sentimiento de delicadeza, conforme á la suya, la familia habia guardado secreto de su llegada, para evitar los orfeones, las banderas, diputaciones, y, en fin, toda demostracion, y sólo le aguardaba la tia Portal, pomposamente instalada en la butaca del jefe de la Estacion, con una estufilla á los piés.

Al momento que apercibió á su sobrino, el semblante sonrosado de la gruesa dama, dilatado con su reposo, tomó una expresion desconsolada, se inflamó bajo sus blancas cocas, y con los brazos tendidos, prorumpió en sollozos y lamentos.

—¡ Ay de nosotros! ¡ Qué desgracia!..... ¡ Una jóven tan linda, y tan honrada..... tan dulce..... que se hubiera quitado uno el pan de la boca para ella!.....

—¡ Dios mio!..... ¡ Ha muerto, pues!..... —pensó Roumestan, recordando el verdadero objeto de su viaje.

La dama interrumpió de pronto su lamentacion, para decir en un tono duro al criado, que olvidaba la estufilla: « Menicle, la banquetta! » Y luégo reanudó, en un diapason de dolor frenético, la enumeracion de las virtudes de la señorita Le Quesnoy, preguntando con grandes voces al cielo y á sus ángeles por qué no la habian llevado á ella en lugar de aquella niña, al tiempo que sacudia con sus explosiones de gemidos el brazo de Numa, en que se apoyaba para alcanzar su vetusto carruaje á paso de procesion.

Los caballos avanzaban lentamente bajo los árboles deshojados de la avenida de Berchère, en medio de un torbellino de ramas y cortezas secas, que el mistral arrojaba como dura cama al ilustre viajero, y Menicle, al volver donde los mozos tenian la costumbre de desengañar, se vió obligado á crujir la fusta muchas veces, porque parecian sorprendidas sus caballerías de aquella indiferencia para con el grande hombre.

Roumestan sólo pensaba en la horrible noticia que acababa de dársele; y teniendo cogidas las manos macizas de la tia, que continuaba enjugándose los ojos, preguntó con dulzura:

—¿ Cuándo ha sucedido?

—¿ El qué?

—Pregunto que cuándo ha muerto la pobre niña.

La tia Portal brincó de su asiento, diciendo:

—¡ Muerta!..... ¡ Buen Dios!..... ¿ Quién te ha dicho que ella ha muerto?.....—Y en seguida añadió dando un profundo suspiro:—Pero ¡ pecadora! no vivirá mucho tiempo.

¡ Oh! no por mucho tiempo. Ahora no se levantaba; no abandonaba las almohadas de encaje, sobre las cuales su cabecita enflaquecida se ponía de dia en dia más desfigurada, teñidas las mejillas con unas chapetas abrasadoras, y los ojos y la nariz rodeados de un tinte azul.

Con las manos de marfil, adelgazadas, sobre las sábanas de batista, é inmediato á ella un peine y un espejo para alisar de vez en cuando sus hermosos cabellos oscuros, permanecia las horas enteras sin hablar, á causa de la dolorosa ronquera de su voz, la mirada perdida entre las copas de los árboles y el cielo deslumbrador del viejo jardin de la casa Portal.

En aquella tarde su inmovilidad meditabunda duraba mucho tiempo á los reflejos del poniente, que sonrosaba la habitacion, cuando su hermana, alarmada, le preguntó:

—¿ Duermes tal vez?

Hortensia movió la cabeza como para alejar alguna idea.

—No, no duermo; pero soñaba..... Soñaba que iba á morir. Encontrábame precisamente á la orilla de este mundo, inclinada hácia el otro, ¡oh! inclinada como para caer..... Te veía aún y algunas partes de mi habitacion; pero yo estaba ya al otro lado, y lo que me admiraba era el silencio de la vida, junto al gran rumor que hacían los muertos, un zumbido de colmena, de alas batientes, un encogimiento de hormiguero, aquel ruido sordo que deja el mar en el fondo de las grandes conchas, como si la muerte estuviese poblada, acumulada de una manera distinta que la vida..... Y esto era tan intenso, que me parecía que mis oídos recibían una primera impresion y que yo descubría en mí un sentido nuevo.

Hortensia hablaba pausadamente, ronca la voz y con silbidos. Después de un corto silencio, prosiguió con todo el sonido que puede quedarle á un instrumento roto:

—Siempre mi cabeza viajando..... Primer premio de imaginacion: Hortensia Le Quesnoy, de París!.....

Se oyó un gemido ahogado por el ruido de una puerta.

—¿Ves? —dijo Rosalía —es mamá que se aleja..... Tú la afliges.....

—Expresamente..... Cada día un poco, para que tenga menos que sufrir de una vez —respondió en voz baja la enferma.

Por los corredores de la vetusta morada corría el mistral, azotando las puertas, que se zamarreaban con violencia. Hortensia sonreía diciendo:

—¿Oyes? ¡Oh, cuánto me agrada eso!..... Parece que uno está lejos..... viajando..... Pobre querida mía—añadió cogiendo la mano de su hermana y llevándola hasta su boca con gran trabajo: —¿Qué disgusto te he proporcionado sin quererlo!..... Hé ahí que tu hijo será del Mediodía por mi causa..... Tú no me lo perdonarás jamás, Francisca.

De repente, y en medio del ruido que producía el viento, llegó á los oídos de Hortensia el silbido de una locomotora, y le hizo estremecer.

—¡Ah—dijo—el tren de las siete!.....

Como todos los enfermos y todos los cautivos, la jóven conocía los menores ruidos de los alrededores y los mezclaba á su existencia inmóvil, lo mismo que el horizonte que estaba enfrente de ella, los bosques de pinos y la antigua torre romana almenada sobre la costa.

Desde aquel momento estuvo llena de ansiedad, agitada, acechando la puerta, en la que apareció un aya.

—Está bien —dijo Hortensia con viveza —y sonriendo, añadió á la hermana: —Permíteme un minuto, ¿quieres?..... yo te llamaré.

Rosalía creyó que era una visita del sacerdote, que vendría con sus oraciones y sus consuelos terroríficos, y se marchó al jardín. Era un cercado del Mediodía, sin flores, con calles de bojés, abrigado por altos y resistentes cipreses. Desde que hacía de enfermera iba allí para respirar, para ocultar sus lágrimas y dar rienda suelta á todas las concentraciones nerviosas de su dolor. ¡Oh, y cuán bien comprendía ahora las palabras de su madre! «No hay más que un mal irreparable: la pérdida de lo que se ama.»

Sus demas penas, su dicha destruida de mujer, todo desaparecía ante la idea de la muerte. Ella no pensaba más que en aquella cosa horrible, inevitable, más próxima de día en día. ¿Era aquella la hora, aquel sol encendido que huía dejando el jardín en la sombra, y deteniéndose en los cristales, aquel viento que soplaba de lo alto, que se oía sin sentirlo? Pero ella experimentaba aquella tarde una tristeza, una angustia inexplicables. ¡Hortensia..... su Hortensia!..... Más que una hermana para ella casi una hija; sus primeras alegrías de maternidad anticipada.

Los sollozos le ahogaban sin lágrimas. Hubiera querido gritar, llamar en su socorro.... pero ¿á quién? El cielo, á donde miran los desesperados, estaba tan alto, tan lejano, tan frío.... Un ave de paso volaba por el espacio, sin que se oyeran sus gritos ni el ruido de sus alas. ¿Cómo había de llegar la voz humana á aquellas alturas mudas é indiferentes?

Rosalía procuró rezar, sin embargo, y vuelto el rostro hacia la luz, que se remontaba y que se alejaba completamente del tejado, oró al que ha querido ocultarse, huir de nuestros dolores y de nuestras quejas; aquél á quien adoran los unos con confianza, inclinada la frente á la tierra, á quien otros buscan perdidos con los brazos abiertos, y á quien muchos, en fin, amenazan con sus puños, rebelados y negándole para perdonarle sus crueldades.

Y esta blasfemia y esa negacion son aún oraciones....

Llamáronla de la casa, y corrió temblando, con aquella ansiedad en que el menor ruido resuena hasta en el fondo de nuestro sér.

Con una sonrisa la enferma la atrajo á su lecho, sin fuerza y sin voz, como si hubiera estado hablando largo tiempo.

—Tengo—le dijo—una gracia que pedirte, querida hermana mia.... Tú sabes.... Aquella última gracia que se concede al condenado á muerte.... Perdona á tu marido. Él ha sido muy perverso é indigno contigo; pero sé indulgente, vuélvete con él. Haz esto por mí, hermana mia, por nuestros padres, á quienes consterna tu separacion, y que van á tener necesidad de que se les estreche, que se les rodee de ternura. Numa es tan á propósito.... Sólo él puede reanimarlos un poco.... Esto es hecho: ¿no es así?.... Tú perdonas....

Rosalía contestó:

—Yo te lo prometo....

¿Qué valia aquel sacrificio de su orgullo al precio de una desgracia irreparable?....

De pié, y cerca de la cama, ella cerró los ojos un instante, bebiéndose las lágrimas que corrían por sus mejillas. Una mano temblorosa se puso sobre la suya. Numa estaba allí delante de ella, conmovido, lastimero, atormentado por una efusion que le coartaba.

—¡Abrazaos!—dijo Hortensia.

Rosalía acercó su frente, sobre la cual Numa puso sus labios tímidamente.

—No, no.... Así no.... Abrazaos bien, como cuando se ama....

Numa cogió á su mujer; la estrechó exhalando un prolongado suspiro, mientras las sombras de la noche invadían la habitacion, compadecida, sin duda, de la que los había unido....

Esta fué su última señal de vida. Ella quedó desde entonces absorta, distraída, indiferente á todo lo que pasaba en su alrededor, sin responder á aquellos desconuelos de la partida en que no hay respuesta, conservando sobre su jóven rostro aquella expresion de sordo y altivo rencor de los que mueren muy temprano para su deseo de vivir, y á quienes las ilusiones no habían dicho aún su última palabra.